

"Drive My Car", de Ryusuke Hamaguchi:

Una y muchas cosas

CHRISTIAN RAMÍREZ

Una de las formas más recurridas de llamar la atención sobre algo es tratar de gritar por encima del otro, más fuerte que el vecino, con la esperanza de ser escuchado. Es lo que ocurre cada vez más frecuentemente con las películas y algunos que las comentan: quien se asoma a mirar las críticas del último filme de Marvel o la nueva serie de Star Wars se obliga a sí mismo a bajar varios niveles el volumen del entusiasmo de quienes corren a cantar sus alabanzas. Por lo mismo, conviene tener cuidado al emplear adjetivos como formidable, extraordinario, fascinante, imperdible, que de tan (mal) utilizados, siempre acaban disolviéndose entre el griterío.

Dicho lo anterior, todos esos adjetivos pueden aplicarse sin culpa a "Drive My Car", cinta basada en un relato de Haruki Murakami que —tras debutar en el pasado Festival de Cannes— fue acumulando decenas de premios hasta conseguir nada menos que cuatro nominaciones al Oscar, las mismas cuatro que "Parasite" conquistó y concretó sorpresivamente en 2020: Mejor Película, Mejor Director, Mejor Película Extranjera y Mejor Guion Adaptado; pero claro, en casos como estos los premios son lo de menos porque, si bien es altamente improbable que (aparte de llevarse Película Extranjera) la cinta japonesa repita el fenómeno de la surcoreana, está claro que la película de Ryusuke Hamaguchi juega en otra liga.

Allí donde "Parasite" se servía de la desigualdad y la reivindicación social para

desplegar un electrizante *thriller* que mantenía al espectador al borde de su asiento, un logro nada despreciable en estos días de bajísima capacidad de concentración en las audiencias, "Drive My Car" apela en cambio al mínimo posible de elementos para conseguir la total atención de quien mira, mientras va relatando no una sino muchas cosas a la vez: la relación de afecto y creación que existe entre el señor Kafuku, director/actor de teatro, y Oto, su mujer, guionista de TV; el proceso que este hombre vive, dos años más tarde, tras un cambio decisivo en su vida (que, lo siento, no se puede contar); el viaje que Kafuku emprende a Hiroshima para montar una particular versión de "Tío Vania", de Chejov, donde todos los intérpretes hablan arriba de escena un lenguaje distinto (incluyendo el de señas); la incorporación a ese elenco de un joven estrella de la TV, cercano en más de alguna forma a Oto; la profunda empatía que nace entre Kafuku y Misaki Watari, la chofer que le asigna de manera obligatoria la producción del teatro, alguien cuya perfección en la conducción —al menos de la forma en que lo ve el protagonista— bien podría ser considerada como digna de una artista en total control de su disciplina.

Algo parecido corre para Hamaguchi, quien a través de tres horas (que no se sienten) va trenzando su relato, componiendo sus imágenes y agregando capa tras capa de texto y subtextos con la parsimonia, destreza y control de un maestro ajedrecista para quien sus piezas se han vuelto trasunto del mundo entero.



Porque ese parece ser el ánimo del filme: dar menos cuenta de Kafuku y sus dramáticas circunstancias que de lo que este hace y crea con ellas, con las cartas que la vida le ofrece. Es en ese punto que la conexión con Chejov se vuelve crucial. Aludida apenas un par de veces en el cuento original, "Tío Vania" se encarna tan al corazón de "Drive My Car" que bien se merecería un reconocimiento en los créditos: mientras maneja, el señor Kafuku tiene el hábito de poner un casete que Oto le ha grabado con todos los parlamentos de la obra, dejando el espacio preciso para las líneas de Vania, que él va pronunciando y ensayando a medi-

da que acelera, gira y frena, en pos de su lugar de destino. Leídas por Oto, las palabras de Chejov funcionan en clave de ejercicio y de compañía para su marido, quien luego impone ese mismo ritmo, ese mismo temple, a los intérpretes de la obra (a su vez, sumergidos en sus respectivos viajes vitales y artísticos), pero el efecto va todavía más allá: en la medida que conduce a Kafuku, de ida y de vuelta a los ensayos, Misaki —la conductora del auto— acaba por internalizar ella misma esas frases y ritmos, dejar que invadan calmada e imperceptiblemente su espacio, su movimientos y sus horas. La obra de arte vuelta estado de meditación.

La película esta basada en un relato de Haruki Murakami. Y tiene una conexión crucial con "Tío Vania", la obra de Chejov.

**DORAIBU
MAI CA**
Escrita y dirigida
por Ryusuke
Hamaguchi.
Con Hidetoshi
Nishijima.
Japón, 2021, 179
min.

DRAMA
Hasta el 31 de
marzo en Centro
Arte Alameda.
Desde el 1 de
abril, en
Mubi.com